



SEQUÍA, INMIGRACIÓN Y POLÍTICAS LOCALES: EL SAHEL EN LA ENCRUCIJADA DEL DESARROLLO

Sara Nso ¹

UNISCI / Université Dauphine, Paris

Resumen:

Este artículo trata de delimitar los principales factores socio-económicos y políticos que ponen en relación desertificación y flujos migratorios internacionales, en el área Sahel. A través del estudio – no exhaustivo para todos los países de la muestra, por ausencia de datos disponibles– de dichas realidades en Burkina Faso, Gambia, Guinea-Bissau, Guinea, Malí, Mauritania, Níger y Senegal, el análisis del elemento local será privilegiado, sin despreciar por ello el valor de las dinámicas regionales. Desde una perspectiva “transnacionalista”, se aportarán así las claves para la comprensión global de la problemática saheliana, con el objetivo de sacar a esta región de la encrucijada del subdesarrollo.

Palabras clave: Sahel; desertificación; migraciones internacionales; desarrollo.

Title in English: “Drought, Immigration and Local Policies: The Sahel in the Crossroads of Development”

Abstract:

This article tries to identify the main socio-economic and political factors that relate desertification to international migration flows in the Sahel area. We study – not exhaustively, because of the lack of available data – those realities in Burkina Faso, Gambia, Guinea-Bissau, Guinea, Mali, Mauritania, Niger and Senegal, especially analysing the local element, without disregarding regional dynamics. From a “transnationalist” perspective, we will give the keys for a global understanding of the Sahel problems, with the aim of taking this region away from the crossroads of underdevelopment.

Keywords: Sahel; desertification; international migrations; development.

Copyright © UNISCI, 2007.

Las opiniones expresadas en estos artículos son propias de sus autores, y no reflejan necesariamente la opinión de UNISCI. *The views expressed in these articles are those of the authors, and do not necessarily reflect the views of UNISCI.*

¹ Sara Nso es investigadora de UNISCI y de la Université Dauphine de París.

Dirección: Centre de Géopolitique du Pétrole et des Matières Premières (CGEMP), Université Dauphine, 22, rue Nélaton, 75015 Paris, France. *E-mail:* saranso@yahoo.com.



Introducción

Sequía, degradación de la tierra cultivable, migración del campo a la ciudad, creciente presión demográfica en escasos núcleos urbanos, aumento de la actividad económica informal e inmigración internacional. Ésta es la más extendida secuencia lógica, con la que se ha tratado de explicar el modo en que desertificación y migraciones se interrelacionan en el área africana del Sahel. Sin embargo, este proceso, que ha intentado ser intervenido –sin éxito– por políticas locales de carácter parcial, así como por la ayuda de diversos organismos internacionales (BM, FMI, OCDE, FAO, etc.), es mucho más complejo de lo que aparece a simple vista, prestándose incluso a paradojas, como veremos a continuación.

Si bien el interés académico internacional se ha centrado durante los últimos dos decenios en el factor climático, como empuje mayor de las migraciones trans-sahelianas², nuevas corrientes “transnacionalistas” apuntan hacia una visión más comprensiva de la problemática del estancamiento económico de la zona, sin despreciar por ello el papel desempeñado por el factor medioambiental³. Así pues, con este artículo nos sumamos a la búsqueda de la comprensión global de la problemática saheliana, tratando de esbozar en nuestras últimas páginas el camino que permitirá que la región escape a la encrucijada del subdesarrollo.

1. Delimitación del objeto de estudio

Centraremos nuestra atención principalmente en cinco de los dieciséis países que constituyen la región de África occidental: Gambia, Malí, Mauritania, Níger y Senegal. En realidad, el Sahel –con una extensión aproximada de 4 millones de Km²– comprende: el sur de Mauritania, Senegal, Malí, el norte de Guinea y de Burkina Faso, Níger, el norte de Nigeria y de Camerún, Chad y Sudán. Los países sahelianos a los que hemos reducido nuestro estudio tienen especial valor para el proyecto porque: (a) son los que acusan un mayor ritmo de desertificación⁴; y (b) son los principales emisores de emigrantes Sur-Norte, vía la costa occidental africana.

A pesar de esta discriminación, el estudio no dejará de analizar factores regionales que han podido intervenir en dichos flujos migratorios. Por ejemplo, en el caso de Malí, el conflicto en Côte d'Ivoire ha ocasionado graves daños a la economía maliense, puesto que ha bloqueado su acceso al mar. Esta situación ha aumentado el empobrecimiento de los sectores más sensibles de la población, provocando, primero, el éxodo rural y, en última instancia, dadas las limitadas capacidades de absorción de los pocos núcleos urbanos del país, empujando a inmigrar al grupo más capaz de la población.

Como veremos, existen semejanzas y diferencias entre las realidades económicas y socio-políticas de los países de la muestra. Así pues, independientemente de los factores generales –económicos, políticos o de subsistencia– que han empujado históricamente a la inmigración, sería un error considerar a los inmigrantes provenientes de la franja del Sahel como un grupo

² Salvada sea la excepción de Jacques Dumond, que escribiera a mediados de los 80 *Pour l'Afrique, j'accuse. Le journal d'un agronome au Sahel en voie de destruction*.

³ Levitt, Peggy and Nyberg-Sorensen, Ninna: “The transnational turn in migration studies”, *Global Migration Perspectives*, Nº 6, October 2004.

⁴ Según un informe del *Famine Early Warning Systems Network (FEWS)* o Red de Sistemas de Detección Temprana del Hambre), los países sahelianos más afectados durante el último siglo por el proceso de desertización han sido: Mauritania, Malí y Senegal.



homogéneo. La identificación de dichas peculiaridades nos permitirá afinar en la propuesta de soluciones a las problemáticas que para emisores y receptores plantea esta nueva vía de las migraciones Sur-Norte.

2. Aproximaciones al análisis del fenómeno migratorio africano

2.1. El inmigrante africano como objeto de estudio

En este apartado presentaremos una serie de claves para abordar el fenómeno de las migraciones de origen africano y orientar así nuestra investigación.

Existen diversas categorizaciones de la figura del inmigrante. Es necesario aplicar con cautela ciertos criterios empleados para realizar dichas clasificaciones, como el criterio espacial. Así pues, mientras que un individuo que se traslada de Idiroko (Nigeria) a Ifoyin (Benin) –a una distancia de unos 10 km–, o los trabajadores de zonas fronterizas, que residen con sus familias a un lado de una frontera nacional y se dirigen diariamente a sus tierras de cultivo situadas al otro lado de la misma –como sucede entre Nigeria y Benin–, son considerados inmigrantes internacionales; el desplazamiento entre Lagos y Maiduguri (ambos en Nigeria) –a través de unos 1700 km– se clasifica como migración interna, según el señalado criterio. Éste puede parecer un criterio absurdo, pero nos servirá para tener presente durante nuestro estudio que a las categorizaciones pueden escapárseles grandes porciones de la realidad.

Por otro lado, aunque podamos hablar de migraciones voluntarias, migraciones en grupos o en cadena, migraciones forzosas, etc., dichas categorías pueden combinarse e incluso transformarse las unas en las otras. Por ejemplo, dependiendo de las causas que empujan al desplazamiento, estos pueden ser: (a) inmigrantes por la supervivencia (huyendo de la pobreza y del desempleo); (b) inmigrantes por oportunismo (buscando algún tipo de oportunidad); (c) refugiados o solicitantes de asilo (que deben abandonar sus países de origen por persecución, por razones de raza, religión, nacionalidad, etc.); (d) inmigrantes medioambientales (conducidos por una crisis o degradación ecológica extrema). Con respecto a esta última categoría, según Cardy, el concepto de ‘refugiado medioambiental’ podía aplicarse a unos 10 millones de personas en 1988, mientras que –atendiendo a las más modestas proyecciones– podría superar la cifra de los 150 millones en el año 2050⁵. Sin embargo, son escasos los estudios sobre migraciones que contemplan el factor medioambiental.

Como señala Adepoju, en el creciente número de publicaciones relativas a las migraciones, tiende a prevalecer la idea de que las consideraciones económicas son de primordial importancia en la decisión de emigrar, que responde *en última instancia* al deseo de los interesados de mejorar su situación económica. Si tal es el caso, entonces la migración podrá concebirse como una reacción a incentivos económicos que en gran medida surgen de desequilibrios económicos intersectoriales e intrasectoriales, así como entre países y

⁵ La creación del término ‘refugiado medioambiental’ se atribuye a Essam El Hinnawi (United Nations Environment Programme, 1985). Puigdefabregas, Juan y Mendizábal, Teresa (Eds.) (1995): *Desertification and migrations (Desertificación y Migraciones. Simposio internacional sobre desertificación y migraciones, Almería, 9-11 febrero de 1994)*, Geoforma Ediciones, Logroño.



regiones⁶. Sin embargo, el refugiado africano, siempre según Adepoju, se suele unir a los inmigrantes internos en sus desplazamientos hacia áreas urbanas o rurales, compitiendo con ellos por los puestos de trabajo y otras oportunidades disponibles. De hecho, dichos refugiados compiten –tanto en los sectores urbanos como en los rurales– con autóctonos y con otros inmigrantes, por los pocos empleos asalariados disponibles. Algunos cubren las vacantes dejadas por los nativos que han emigrado a su vez al extranjero y aquellos que fracasan pueden verse abocados a las redes de inmigración internacional.

Del mismo modo, pueden existir relaciones causales entre dichas categorías. Partiendo, por ejemplo, de que el volumen de las migraciones internas en África occidental es el doble que el de las migraciones internacionales para la misma zona y de que esto se debe a que las limitaciones impuestas a las migraciones internacionales son más severas, o se hacen cumplir más expeditivamente; Zachariah y Condé aseguran que la migración interna es una prolongación de la migración externa. La dirección es más o menos la misma: desde las zonas interiores de un país hacia las áreas costeras. Esto es –aunque ambas compartan dirección: desde las zonas interiores hacia las áreas costeras– existe una relación general negativa entre emigración y migración interna, así una relación positiva entre inmigración y migración interna. Así pues, el índice de migración interna era bajo en el antiguo Alto Volta (Burkina Faso) y en Togo, donde los índices de emigración definitiva eran elevados. Sin embargo, el índice de migración interna era alto en Ghana, Costa de Marfil y Senegal, donde el índice de emigración de nativos era realmente bajo. [...Así] áreas con un índice de migración interna elevado tenían un índice de inmigración alto (Zachariah y Condé, 1981).

Esta permeabilidad de las categorías empleadas por los investigadores hasta hoy en día, a fin de cuentas, viene a constatar que el inmigrante –en tanto que ser humano– escapa a las categorizaciones estancas, como ocurre con prácticamente todo objeto de las ciencias sociales.

2.2. La movilidad en África occidental: entre rupturas y continuidades⁷

Si nos fijamos ahora exclusivamente en el fenómeno migratorio en África occidental, en la actualidad existen tres grandes áreas de intercambio comercial, que no ‘respetan’ ni las fronteras políticas ni las zonas monetarias regionales –esto es, para la ejecución de las transacciones, los comerciantes se desplazan más allá de las fronteras nacionales:

- (a) El Golfo de Benin (Nigeria, Camerún, Chad, Níger y Benin) está controlado por tres grupos étnicos: los Haoussa-Kanouri, los Ibo –cuyo centro de actividad es Cotonou– y los Yoruba –que desarrollan sus actividades incluso en Senegal.
- (b) El bloque central, controlado por los grupos Fan y Dioula. Éste se articula alrededor de Côte d’Ivoire, Ghana, Togo, Burkina Faso y el Este de Malí. Tiene como principal objeto de intercambio el ganado.

⁶ Adepoju, Aderanti: “Las relaciones entre las migraciones internas y las migraciones internacionales: el caso de África”, *RICS*, Vol. XXXVI, No.3, 1984.

⁷ Este punto está basado en: Demba Fall, Papa: “État-nation et migrations en Afrique de l’Ouest: le défi de la mondialisation”, *Migration without Border Series*, UNESCO, 29 octubre 2004.



- (c) La franja occidental, que se corresponde más o menos con la ‘Senegambia’ histórica, funcionando como punto de contacto entre el Sahel y la sabana. Se estructura alrededor del grupo Mandingue o Dioula.

Los llamados flujos migratorios ‘contemporáneos’ siguen una dinámica espacial marcada por la atracción hacia las zonas costeras –núcleos comerciales desde la era colonial. La ciudad portuaria de Saint Louis, en Senegal, es un claro ejemplo de este fenómeno. Si consideramos –como un primer apunte sobre nuestras conclusiones– que en dicha ciudad pueden acabar confluyendo desplazados de las zonas rurales, refugiados, o inmigrantes de la región, compitiendo por los escasos empleos disponibles, la veda a la inmigración Sur-Norte puede considerarse abierta. Una posible pregunta ante este apunte podría ser: ¿por qué los inmigrantes regionales habrían de confluír en un país como Senegal? Uno de los factores que atraen hacia este pequeño país es el hecho de que, al contrario de lo que ocurre en la mayor parte de la sub-región, desde su independencia Senegal ha optado por una política de *laissez-faire* en materia de circulación de personas.

Los movimientos transfronterizos que convergen en Senegal se pueden estructurar esencialmente entorno a dos grandes unidades espaciales⁸:

- (1) Los puntos de pasaje de Kidira y Kayes para Malí, Karang, Farafénié, Bounkiling y Médina Yorofoula para Gambia, Saldé y Bakel para Mauritania, Fongolimbi para la República de Guinea, y Dioulacoulon, Tanaf y Nyassa para Guinea Bissau.
- (2) Los corredores de intercambio cuyos puntos clave son ‘ciudades fronterizas’ que polarizan los espacios situados más allá de su territorio nacional. Los ejes más importantes son: Kaolak-Banjul –que se inscribe en la integración histórica favorecida por el antiguo reino de Saloum–; Tambacounda y Kayes –que deben mucho a la línea de ferrocarril Dakar-Bamako–; Rosso-Senegal y Rosso-Mauritania –que ofrecen la prestancia de una ciudad doble –; y Kédougou-Malí
- (3) y Ziguinchor-Bissau, que se sitúan en la frontera sur.

Antes de abordar el caso de la región senegalesa de Tambacounda, en la que el fenómeno migratorio aparecerá más claramente vinculado a la rápida degradación medioambiental de los últimos decenios, es importante señalar que, independientemente de los beneficios económicos que dichas migraciones transfronterizas tienen para los países de acogida, la libertad de movimiento –al reducir la presión en las zonas de partida y la tentación de implantación durable en las zonas de acogida– resulta primordial para el mantenimiento del equilibrio medioambiental y político de las regiones afectadas por este fenómeno.

Desertificación y migración en la región de Tambacounda⁹

La región de Tambacounda, situada en el sudeste de Senegal, se divide en los departamentos de Bakel, Tambacounda y Kédougou, y cubre alrededor de dos tercios de la superficie del país. La economía regional reposa completamente en el cultivo del cacahuete, el algodón y ciertas plantas comestibles.

⁸ Como apuntamos anteriormente, este tipo de éxodo tiene en África occidental carácter estacional.

⁹ Este subepígrafe está basado en Lo, Masse y Mamaty, Isabelle: « Desertification et migration. Le cas de la region de Tambacounda (Sénégal) » en Puigdefabregas *et al.*, *op. cit.*, p. 2.



Dicha economía agrícola, floreciente a principios de los años 60, declina a causa de la rápida degradación del suelo, ligada al desbroce de vastas superficies de bosque y a la explotación desenfrenada de los recursos forestales para alimentar los núcleos urbanos del país con carbón. Las consecuencias de esta sobreexplotación no se hacen esperar: los rendimientos agrícolas bajan y las poblaciones rurales se empobrecen¹⁰. A este respecto cabe destacar que, aunque la región de Tambacounda es también rica en recursos minerales (hierro, oro, mármol, etc.) que podrían haberse convertido en una importante fuente de empleo, este sector no se ha beneficiado de inversiones suficientes.

Así pues, el descenso de la renta agrícola, sumado a las dificultades para obtener empleos alternativos, ha transformado la región en una zona de emigración masiva, sobre todo a partir de los departamentos de Bakel y Kédougou. Dicho éxodo rural se dirige, en principio, hacia varios centros urbanos del país y sobre todo hacia Dakar, aunque –en última instancia– pueden acabar dirigiéndose a objetivos más lejanos, como otros países africanos, Europa e incluso América. Aunque dicho espíritu aventurero se atribuye normalmente a la población más joven de la región, no hemos de olvidar que el 59% de los habitantes de Tambacounda tiene menos de 20 años.

Los inmigrantes internacionales que parten de Tambacounda se dirigen mayoritariamente hacia Congo, la República Democrática del Congo (antiguo Zaire) y Gabón. Por otro lado, aquellos que se dirigen a Europa han dejado de optar exclusivamente por Francia –Italia ha recibido en los últimos 10 años casi tantos inmigrantes como Francia en treinta años.

En todo caso, y no siendo objetivo de esta parte del estudio el análisis de los países de destino de los inmigrantes internacionales de África occidental, el caso de Tambacounda nos enseña que la inmigración puede convertirse en un fenómeno estructural, si la deterioración de la renta agrícola por el desgaste del suelo no es rápidamente contrarrestada con adecuadas propuestas de desarrollo. Del mismo modo, apunta a que los fenómenos de desertificación e inmigración no se vinculan de manera inmediata, sino que es necesario que las peores circunstancias converjan en una secuencia tan lógica como evitable: empobrecimiento del suelo, ausencia de tratamiento de choque, progresivo empeoramiento económico en las áreas rurales, éxodo rural, ausencia de capacidad de absorción laboral por parte de los núcleos urbanos e inmigración internacional. A este respecto, Adepoju ya señalara que la migración rural podría ser una alternativa al éxodo rural.

Pero dicha migración rural, si no tiene carácter ordenado, puede ser fuente de otros tantos problemas. Por ejemplo, miles de pastores nómadas emigraron en la década de los 80 desde Mauritania hacia Senegal, huyendo de la desertificación. En 1989, la presión demográfica que supusieron estas migraciones provocó enfrentamientos armados entre ambos países e incluso matanzas entre civiles en las zonas fronterizas. Como vemos, la ecuación desertificación-migraciones no tiene una solución sencilla –es por ello que debemos apartarnos de las simplificaciones teóricas al construir escenarios futuros o proponer políticas para atajar estas situaciones.

¹⁰ Aunque nos centramos en el caso de Tambacounda, algo similar ocurre en muchas regiones de la franja del Sahel. Por ejemplo, en Níger, la degradación de la tierra debido a la sobreexplotación agrícola, no compensada por ninguna estrategia de nutrición del subsuelo, es también origen del abandono de las zonas rurales. También los suelos pueden verse degradados por el sobre-pastoreo de las tribus nómadas del Sahel.



3. Aproximación al área: África occidental y la franja del Sahel

3.1. África occidental: geografía e indicadores socio-económicos¹¹

África occidental es un área con gran diversidad de paisajes, bio-regiones y culturas. Está limitada al oeste y al sur por el Océano Atlántico y al norte por el desierto del Sahara. Al este, el límite es menos preciso, generalmente se considera la línea entre el Monte Camerún y el Lago Chad.

Los 16 países que constituyen África occidental tienen un peso demográfico global de 242 millones de habitantes –con 130 millones concentrados en Nigeria. Se trata de un grupo política y económicamente muy diverso, como se puede observar en los anexos, donde se perfilan en detalle las características socio-políticas y económicas de los países sahelianos de la muestra. Pero nuestra intención en este epígrafe es lanzar una mirada de conjunto a la región.

Así pues, políticamente las situaciones varían desde el conflicto abierto a inestabilidades que podrían derivar en una guerra civil, o consolidadas democracias. En el caso de la economía, encontramos más similitudes en las cifras de indicadores socio-económicos internacionales que apuntan hacia la extrema pobreza de la región. La renta *per cápita* del conjunto ascendía tan sólo a 326 dólares americanos en 2004. Los indicadores sociales básicos, establecidos por el PNUD, clasifican todos los países de la región –con excepción de Ghana– dentro del grupo de ‘bajo desarrollo humano’. De hecho, todos ellos –salvo Nigeria, Ghana y Côte d’Ivoire– pertenecen al grupo de ‘países menos desarrollados’.

La mayoría de las economías del conjunto occidental están a penas diversificadas. La actividad industrial es limitada y el comercio se centra en productos del sector primario: agricultura y ganadería en las zonas rurales, pesca en los países costeros (especialmente Mauritania y Senegal), minería (sobre todo en Malí y Mauritania) y petróleo (Nigeria). Así pues, las economías regionales son extremadamente dependientes de factores exógenos, como fluctuaciones del precio del petróleo, variaciones climáticas y cambios en las políticas de los países importadores de sus productos.

Si bien el crecimiento económico del conjunto asciende a 3% en el período que se inaugura en 1994, el PIB regional sumaba 78.893 millones de dólares americanos en 2004 – con Nigeria acaparando más de la mitad de esta cantidad (alrededor de 41.373 millones).

Con respecto al comercio intra-regional, las cifras oficiales permanecen discretas –y ello a pesar de las iniciativas de integración regional. En 2001, el comercio interior representaba tan sólo el 13% del comercio total –en 1996, suponía el 11%. Estos datos revelan una falta de complementariedad entre las economías de la región, así como la resistencia a la desaparición de barreras, de carácter arancelario o no arancelario. De todos modos, es preciso señalar que las cifras oficiales no reflejan la realidad del ‘comercio informal’ transfronterizo –muy extendido en África occidental.

En cuanto al comercio exterior, las estadísticas apuntan a una evolución positiva desde 1996. En 2003, las exportaciones de África occidental sumaron 32.056 millones de Europa, suponiendo un crecimiento de 7.5% con respecto a 2002. La Unión Europea es el principal socio comercial de la región, representando en 2003 el 32% de las exportaciones regionales y

¹¹ Overview of the regional EPA negotiations: West Africa-EU Economic Partnership Agreement (ECDPM InBrief 14B), ECDPM, Maastricht, 2006, en www.ecdpm.org/inbrief14b



el 37% de las importaciones. Por su parte, los Estados Unidos han aumentado su presencia en la zona, acaparando para el mismo período el 27% de las exportaciones y el 8% de las importaciones de la región. Otros países, como India y Brasil, se están convirtiendo en importadores clave de los productos regionales, mientras que China y Corea del Sur crecen en importancia como exportadores hacia la región.

Los productos agrícolas representaron el 31% de las exportaciones de África occidental hacia la Unión Europea en 2004, aunque la importancia de este sector fue eclipsada por el valor del petróleo nigeriano. Los dos principales productos de exportación hacia Europa son: el petróleo y el cacao –representando respectivamente el 45% y el 21% del total de las exportaciones a Europa en 2004. A pesar de los esfuerzos realizados para integrarse en la economía mundial, la región occidental africana se ha mostrado hasta ahora incapaz de beneficiarse de su ascendente liberalización comercial. Como ilustración de este punto, los flujos comerciales UE-África occidental supusieron tan sólo un 1.25% de las exportaciones de la UE y un 1.03% de las importaciones, en 2004.

3.2. Sequías, desertificación y migraciones en la franja saheliana

Según un nuevo informe de la agencia norteamericana *Famine Early Warning Systems Network* (Red de Sistemas de Detección Temprana del Hambre), la zona climática del Sahel –entre el desierto del Sahara y las sabanas húmedas– ha estado aproximándose más a la desertificación durante el siglo pasado.

El Sahel ha sufrido al menos cuatro sequías importantes durante el siglo XX, a saber: (a) 1914-1918; (b) 1942-1947; (c) 1968-1973 y (d) 1983-1985. En concreto, la sequía de 1968-1973 ocasionó la muerte de más de 250.000 personas en todo el Sahel¹². Se trata, como vemos, de una catástrofe humanitaria. Pero la degradación definitiva del subsuelo en zonas semi-áridas de la geografía africana puede convertirse, como ya hemos señalado, en un problema de carácter estructural, incidiendo negativamente en las economías de la franja y empujando a las poblaciones a emigrar.

El hecho de que la hambruna siga afectando en la actualidad, prioritariamente, a aquellos países de la región que padecieron las sequías de 1983-1985 se vincula con los siguientes factores regionales¹³:

- (a) Precipitaciones limitadas y una exageradamente larga estación seca;
- (b) Sequías recurrentes –como elemento habitual del clima– provocadas por perturbaciones en la circulación de vapor de agua entre el Pacífico y otras regiones;
- (c) Degradación y desecación de la tierra;
- (d) Escasez de las llamadas ‘aguas azules’, de lluvia, para recargar acuíferos y ríos;

El factor climático ha enfrentado regularmente a los pueblos del Sahel a hambrunas, desplazamientos forzados y otros problemas relacionados, de mayor gravedad, por cuanto

¹² Basado en informaciones de *Afrol News*, en www.afrol.com

¹³ Falkenmark, Marlin: “Doping with growing water scarcity. The key stop desertification driven environmental disruptions”, en Puigdefabregas *et al.*, *op. cit.*, p. 2.



tienen de irreversible, como la desestabilización del modo de vida de grupos poblacionales como los Tuareg –la llamada “ crisis del nomadismo “. Sin embargo, hasta el momento, las políticas aplicadas no han podido atajar un problema que trasciende el ámbito medioambiental y que se está convirtiendo en una lacra para el desarrollo económico de la región. En ocasiones, incluso, estas políticas se han convertido en factores de acentuación de la crisis.

El ciclo de los acontecimientos: el caso de la “sedentarización forzada” de los pueblos Tuareg

A pesar de que la degradación medioambiental no afecta tan sólo al ámbito rural, en la medida en que empuja a las poblaciones campesinas a emigrar a los núcleos urbanos en busca de medios de subsistencia alternativos –donde se ocasionan problemas como la llamada “ hipertrofia “ de ciudades como Dakar o Nouakchott, que provocan a su vez una crisis de ordenación del territorio urbano, con trágicas consecuencias sanitarias para las poblaciones más desfavorecidas–, es en el ámbito rural donde la desertificación presenta sus consecuencias más dramáticas. La “ transformación brutal de las mentalidades “ campesinas tradicionales, tal y como apunta Ndiaye, es una de las manifestaciones más claras del especial calado de la crisis medioambiental en las zonas rurales¹⁴. En este sentido, el caso de las poblaciones Tuareg resulta uno de los más dramáticos.

En 1973, las poblaciones nómadas del norte de Malí se vieron brutalmente afectadas por la sequía¹⁵. Su situación se agravaría con el tiempo, hasta la crisis de hambruna de 1979. Según Amselle, muchos de estos pueblos, como los Peul de la región de Leré, intentaron sin éxito en ese momento convertirse a la agricultura, tras la pérdida de su ganado. En el caso de los Tuareg, el nuevo papel desempeñado por la mujer –sobre todo cuando ésta tiene ascendencia nobiliaria–, que deja la comodidad del hogar y se introduce en la actividad informal para contribuir a la subsistencia del grupo, denota una ruptura de las estructuras sociales sin precedentes para este pueblo de tradición milenaria.

La hambruna de mediados de los 70, tuvo dos consecuencias principales para el área del Sahel: (1) una destrucción masiva de las sociedades organizadas en torno a la actividad ganadera –por la desaparición del ganado, pero también por la muerte de muchos ganaderos–, seguida de una importante “ liberación de fuerza de trabajo ”, dado el número de nómadas en busca de nuevos medios de subsistencia; y (2) una migración hacia las ciudades, donde se saldara el proceso de “ sedentarización y de proletarianización “ de los antiguos nómadas¹⁶.

En el caso de los pueblos Tuareg, su difícil adaptación a las nuevas circunstancias, acuciada por sus malas relaciones con los gobiernos de Malí, Burkina Faso y Níger, llevó a finales de los 80 a un conflicto armado de carácter transnacional. En el caso de los Tuareg de Malí, la muerte del ganado provocó un éxodo masivo en todas las direcciones (Níger, Argelia, Libia). Algunos de estos “ refugiados medioambientales “ fueron perseguidos por los gobiernos de los países de acogida. Uno de los enfrentamientos más sangrientos se produjo en

14 Ndiaye, Paul (1992): « La politique de l'environnement: analyse d'une gestion » en Diop, Momar-Coumba (Ed.): *Sénégal. Trajectoires d'un Etat*, Codesria, Dakar.

15 La sequía más conocida de cuantas haya afrontado el Sahel ha sido la de 1973, quizás por la crisis de hambruna que la sucediera y que despertara las alarmas de colectivos humanitarios de todo el mundo –contando, por supuesto, con el nuevo apoyo de los medios de comunicación globales.

16 Amselle, J-L.: « Famine, prolétarianisation et création de nouveaux liens de dépendance au Sahel », *Politique Africaine*, nº1, p. 5.



mayo de 1990, en Tchín Tabaraden, donde –tras el ataque a una gendarmería por un grupo Tuareg– se produjo una represión brutal del ejército contra las poblaciones Tuareg. También en Malí, en julio del mismo año, a raíz de la muerte de un oficial en el transcurso de un asalto a la prisión de Ménaka para liberar a un grupo de Tuaregs, el ejército –considerando que los rebeldes eran armados por la vecina Libia– emprendió represalias contra campamentos ocupados únicamente por mujeres, ancianos y niños.

No iremos más lejos en el relato de estos enfrentamientos, que –a pesar de tener una fuerte base política– se apoyan, a la base, en el desacuerdo entre autoridades y Tuareg con respecto a las formas de apropiación de la tierra. No obstante, sí quisiéramos terminar haciéndonos eco de las palabras de Bernus: “ El problema Tuareg no puede ser abordado más que globalmente, aunque podamos temer que los Estados adopten una política concertada de represión, un poco como los policías obran para reprimir el vandalismo. Es necesario, al contrario, buscar en común las soluciones que permitan a los Tuareg participar cada vez más en la gestión de sus países “ de acogida¹⁷.

4. Políticas socio-económicas locales: errores y aciertos

El objetivo de este apartado es profundizar en las prácticas gubernamentales que –a veces pretendiendo combatir la degradación medioambiental, mejorar la gestión de la tierra, proteger el ecosistema o reducir la pobreza– han agudizado el problema del subdesarrollo en la franja del Sahel, así como la conversión de la pobreza del campesinado en un problema estructural. A este respecto, y tras las averiguaciones realizadas, nos sumamos a Châu cuando asegura que el factor climático no ha sido tan crucial para el empobrecimiento de estos países, como la instauración de unos “ sistemas de producción dominados por la economía natural (...) “¹⁸, o lo que viene a ser lo mismo: la aplicación de políticas económicas no adecuadas a las necesidades de los países afectados para evitar que la climatología adversa elimine el medio de subsistencia de un alto porcentaje de la población.

A continuación, presentaremos los aciertos y errores de algunas de las políticas aplicadas en los países del Sahel para hacer frente a la destrucción de las sequías crónicas y la desertificación creciente –también repasaremos, a nivel más general, la evolución de las políticas económicas y de desarrollo rural de África occidental.

4.1. Políticas económicas y de desarrollo rural: los casos de Senegal y de Malí

Hablar de crisis económica en Senegal durante los últimos treinta años es lo mismo que hablar de crisis de la producción y distribución del cacahuete –sector que en 1960 emplea directamente a más de un millón de personas y abarca el 40% de las tierras cultivadas en el país. Al mismo tiempo, la falta de diversificación del sector agrícola y la aplicación de inadecuadas políticas de sustitución industrial hacen encallar al país, que acusa los perjuicios de no haber sabido planificar una política económica para el medio y largo plazo. Según Mbodj, las tres principales fases de evolución de la política económica senegalesa son¹⁹:

¹⁷ Bernus, E.: « Être Toureg au Mali », *Politique Africaine*, nº 47, p. 23.

¹⁸ Châu, Lê: « Politiques économiques et crises durant les 30 années d'indépendance », *Politique Africaine*, nº 47, p. 31.

¹⁹ Mbodj, Mohamed: « La crise trentenaire de l'économie arachidière », en Diop, *op.cit.*, p. 8.



- (1) Entre 1961 y 1971: en el marco de una planificación de corte socialista, se impone la “nacionalización” de la agricultura. En este marco, el sistema pasa a las manos del Estado, que lo comparte con los marabúes o líderes espirituales. Cabe destacar que, desde la época colonial, la economía agrícola senegalesa tiene un carácter puramente extravertido, de manera que el país subsiste gracias a la exportación agrícola, pero debe importar un alimento tan elemental para la dieta senegalesa como es el arroz. Esta extraversión fragiliza la economía senegalesa, frente a la volatilidad de los precios del mercado mundial de materias primas. Las dos instituciones que marcarán el período son: la Oficina de Comercialización Agrícola (OCA) y el Banco Senegalés de Desarrollo (BSD). El primer plan cuatrienal (1961-1965) se centra en la organización de colectividades rurales –a mediados de los 60, éstas abarcan el 70% de la producción, marginando así al circuito privado. A partir del 66, el nuevo Presidente Senghor abre una etapa de acusada tendencia tecnócrata, con el regreso de las grandes agencias públicas de desarrollo. Esta etapa coincide, además, con el alineamiento del precio del cacahuete senegalés con las cifras del mercado mundial –con desastrosas consecuencias para la economía familiar del campesinado senegalés. Una nueva institución se crea: la Oficina Nacional de Cooperación y Asistencia al Desarrollo (ONCAD) –que, esencialmente, compra el grano a los productores locales para luego venderlo a los aceiteros locales o internacionales. Entretanto, la sequía de 1971, sumada al llamado “malestar campesino”, harán que el proceso de nacionalización entre en crisis.
- (2) Entre 1971 y 1979: es el período de las grandes crisis medioambientales y el de la hegemonía de la ONCAD. A partir de la sequía de 1966-1967 y de la caída de los precios del cacahuete, la mayoría del campesinado no puede afrontar la deuda adquirida con el Estado –en términos de compra de semillas, etc.– y, aquellos que pueden pagar afrontan el aumento de su deuda, debido al principio de responsabilidad colectiva de las cooperativas. Éstas son las causas del ya anunciado “malestar campesino”. Este malestar, vinculado al debilitamiento del Estado, provoca el fracaso del proceso de nacionalización, en la medida en que el poder bascula a favor de los grandes productores marabúes. Sin embargo, sólo a partir de los 80, con la intervención del Banco Mundial y del FMI, el Estado senegalés reconocerá el calado de la crisis. Al final de este período, cuatro puntos quedan claros: (a) el movimiento cooperativo ha fracasado; (b) la ONCAD debe ser reformada; (c) las Agencias Regionales de Desarrollo tienen que aumentar su eficacia de cara a las demandas del campesinado; y (d) las poblaciones rurales deben poder gestionar en mayor medida su sector de actividad. En cuanto a la ONCAD, ni siquiera se le concederá una segunda oportunidad, puesto que los organismos internacionales la responsabilizarán del fracaso de la política económica rural, identificándola con el régimen socialista anterior.
- (3) Entre 1979 y 1990: la nueva estrategia no consiste –como podría suponerse– en la desaparición del Estado del sector agrícola, sino que impone una desvinculación financiera, en pos de una mayor eficacia. Los nuevos instrumentos institucionales son: la Sociedad Nacional de Aprovisionamiento del Mundo Rural (SONAR) y la Sociedad Nacional de Comercialización de Oleaginosas de Senegal (SONACOS), que progresivamente irá monopolizando mercado del aceite. Ambos organismos son menos costosos y más eficaces que la ONCAD. Tras los malos resultados de la



cosecha del 1981, el Gobierno anula las deudas del campesinado y aumenta los precios en plena campaña, pero es demasiado tarde y estas medidas sólo benefician a los grandes productores marabúes. Por su parte, la gran mayoría campesina ya ha optado por el mercado paralelo. El agrónomo Dumont, cuya denuncia tendrá un gran calado internacional, critica entonces la “orientación pro-urbana de la política económica del país” y recomienda: la liberación de la actividad campesina con respecto a la tutela estatal, la reorganización campesina en pos de los créditos, la restauración de los suelos y una prioridad a la inversión en la agricultura pluvial al Sur del Senegal, en la pequeña hidráulica y en los pequeños perímetros del valle de Senegal. Sus ideas serán retomadas por el Banco Mundial y el FMI para la elaboración de la llamada Nueva Política Agrícola (NPA). En ésta, “por primera vez el factor climático no se sitúa en el centro de las causas de los problemas agrícolas del país”. Los dos principios básicos de la NPA son: la imposición de las reglas del mercado al sector agrícola y la importancia central del bienestar del campesinado. Sin embargo, en ausencia de toda subvención estatal, los grandes productores se ven de nuevo favorecidos, puesto que sólo estos pueden hacer frente a los riesgos de la agricultura pluvial (almacenamiento, etc.). De hecho, los marabúes llegarán en muchos aspectos a suplir el papel del Estado en su relación con los pequeños productores, acentuando así su control tradicional del crédito rural. Así, “la alianza preconizada entre los pequeños campesinos y los grandes productores remplazaría aquella entre los salarizados urbanos y los grandes productores de culturas de renta (...)”. Esta “reorientación ruralista” supone una cierta “desindustrialización”, a pesar de que hasta el momento Senegal se hubiese contado entre los países más industrializados de África occidental.

Independientemente de estas evoluciones de corte político, lo que hemos de tener presente es que ya desde la época de las independencias, el campesino senegalés se ha visto entramado en un sistema en el que la libertad de autogestión era mínima. Además, según apunta Cruise O’Brien, la monopolización del sector agrícola por parte del Estado –ideada, en principio, para ayudar al campesinado– se convirtió con el tiempo en instrumento a través del cual el medio urbano explotaba al mundo rural²⁰. Así pues, la opción campesina –una vez desatada la crisis medioambiental, y extendido el “malestar campesino”– fue dirigirse hacia la actividad informal. Esto supuso un abandono masivo del ámbito rural hacia las ciudades. Entretanto el fracaso de la política de sustitución industrial impidió la absorción de la fuerza de trabajo liberada y arribada mayoritariamente a Dakar y a otras ciudades costeras. El caldo de cultivo para la inmigración estaba en su punto ya a mediados de los noventa.

Dinámicas similares se repiten en el resto de los países del Sahel, con ciertas particularidades. En el caso de Malí, por ejemplo, con la agravante de las hambrunas, las políticas económicas han girado siempre en torno a la “autosuficiencia alimenticia”. Las principales etapas de la estrategia de autoabastecimiento maliense –que ha ido variando en sus objetivos al cabo de los años, de acuerdo con distintas tonalidades políticas, adversidades meteorológicas, etc.– son, según Phelinas²¹:

- (1) Entre 1960 y 1968: bajo el Gobierno de Modibo Keita, la estrategia de autoabastecimiento se centra en el aprovisionamiento de los mercados urbanos a

²⁰ Cruise O’Brien, D.: « Des bienfaits de l’inégalité. L’État et l’économie rurale au Sénégal », *Politique Africaine*, nº 45, p. 9.

²¹ Phelinas, P.: « La stratégie alimentaire entre la famine et l’autosuffisance », *Politique Africaine*, nº 47, p. 43.



bajo precio, por razones de corte económico, pero también político. En ese momento, Malí es un exportador neto de cereales, por lo que la instauración del monopolio público de comercialización de cereales –a través de la Oficina de Productos Agrícolas de Malí (OPAM)–, y la fijación de precios oficiales se convirtieron en el principal instrumento de la estrategia.

- (2) Entre 1968 y 1980: una serie de sequías catastróficas marcan la estrategia del nuevo Gobierno –de corte socialista– de Moussa Traoré, centrada en “las inversiones hidro-agrícolas, el control del crédito del mundo rural y el equipamiento de las explotaciones”. Los deficientes resultados y el desarrollo de un “malestar campesino”, como en el vecino Senegal, conducirían a mediados de los 70 –sobre todo, bajo la presión de los principales donantes internacionales de ayuda alimenticia– a una reforma del mercado del cereal. El primer paso en este proceso de transformación lo constituye, en 1981, la creación del Programa de Reestructuración del Mercado de Cereales (PRMC). Según la lógica de esta institución, el estancamiento de la producción de cereales se debe a una falta de motivación por parte de los productores, por lo que “el aumento de los precios debía constituir una incitación a la modernización de la estructura productiva agrícola, necesaria para el aumento de las cantidades producidas y poner fin a las exportaciones clandestinas (...)”. Sin embargo, en esta etapa, “la alternancia de períodos de hambruna y de excedente tiene su origen tanto en las variaciones del régimen de precipitaciones, como en la ausencia de una regulación eficaz del mercado de cereales”. Es por esto que se crea la Comisión de Elaboración de una Estrategia Alimenticia (CESA, en sus siglas francesas) en junio de 1981, para reflexionar sobre la coherencia de las acciones previstas en el plan quinquenal 1983-1987²². De hecho, a pesar de la reforma, la frágil situación de la seguridad alimenticia maliense ha persistido debido a: (a) las cantidades de grano insuficientes, a nivel nacional; (b) la imposibilidad por parte de las explotaciones rurales de detener o de posponer las ventas de cereales; (c) la ausencia de regulación inter-temporal del mercado; y (d) la imposibilidad de pago del grano por parte de las capas más desfavorecidas de la población. Además, el sector del cereal –más necesario por la autosuficiencia alimenticia– sigue perdiendo la batalla al algodón, en cuanto a superficie cultivada se refiere; y los grandes productores algodóneros obtienen más beneficios que los pequeños productores al introducirse en el sector del cereal, puesto que tienen un acceso más fácil al crédito y al equipo agrícola, a través de la Compañía Maliense de Textiles (CMT). Así pues, el pequeño campesinado difícilmente se ha desembarazado de sus problemas de abastecimiento alimenticio.
- (3) Entre 1981 y 1985: se crea un plan contable destinado a los inversores extranjeros y se refuerza el aspecto técnico-burocrático de la política económica. En términos de objetivos, se siguen persiguiendo los establecidos en un plan anterior, el de 1974-1978: (a) la satisfacción de las necesidades básicas de la población –en particular, el agua y los cereales–, (b) la reconstitución del ganado perdido en las sequías, (c) la revalorización de los productos primarios, y (d) la salida del país de su aislamiento por su enclave continental. Ninguno de estos objetivos se cumplirá realmente, ni en éste, ni en los planes sucesivos. Además, el plan no llegará a

²² La CESA hizo pública en marzo de 1983 en el Diario Oficial su intención de alcanzar la autosuficiencia alimenticia en el horizonte de 2000. Juzguen por ustedes mismos.



emplear más que el 55% de las inversiones totales –de las cuales, un 41% se dirigirá al sector rural.

- (4) Entre 1987 y 1991: un nuevo plan se pone en marcha. Se trata de un conjunto de programas de salvamento para rescatar al país, debilitado por las crisis económicas, financieras y alimenticias. Entre los objetivos fundamentales de este nuevo plan se encontraban: alcanzar la autosuficiencia y la seguridad alimentarias; y (b) luchar contra la sequía y la desertificación. Con respecto a este último factor, como señala Châu, “la degradación socio-económica de Malí no se explica únicamente por las malas coyunturas y las sequías que han afectado el Sahel, sino también, y sobre todo, por la hipoteca del país y la pauperización de sus habitantes”²³. El autor subraya la extrema dependencia económica externa del país como factor clave que impide el trazado de una estrategia alimenticia a medio o largo plazo. Otros problemas se han derivado de deficiencias del sistema –por ejemplo, “la liberalización de las importaciones en 1981 condujo en dos ocasiones (1986/1987 y 1988/1989) a la mala venta generalizada de la producción local, tras demandas demasiado importantes para las necesidades del país, por parte de los comerciantes”²⁴–, así como de la misma ayuda alimenticia externa –cuando toneladas de grano demandadas en 1985, fueron distribuidas tardíamente en 1986, año de buena cosecha.

En todo caso, insistimos en que, a pesar de sufrir una pluviosidad deficiente, la mayor traba para asegurar la seguridad alimenticia del que es uno de los países más pobres del mundo tendrá que pasar por el trazado de políticas agrícolas apropiadas –sin olvidar el papel que podría desempeñar el Estado para aplacar la volatilidad de precios propia del mercado del cereal. Lo que está claro es que –y esto es aplicable al resto de países de la zona– el modelo de crecimiento económico, basado en la exportación de productos primarios y la industrialización para la sustitución de importaciones se debe considerar “ineficaz y agotado”.

4.2. Políticas de descentralización y conflictos relacionados: el sistema de realimentación regional de la problemática migratoria²⁵

Cuando empleamos el término “descentralización”, nos referimos a la transferencia a diversas corporaciones u oficios de parte de la autoridad que antes ejercía el gobierno supremo del Estado²⁶. En el caso de África occidental, este traspaso de poderes se venía produciendo desde antes de la época colonial –de hecho, con el advenimiento de las independencias, la organización de colectividades se contempló como vía óptima para el desarrollo agrícola²⁷.

²³ Amselle, *op. cit.*, p. 9.

²⁴ Mbodj, *op. cit.*, p. 10.

²⁵ Este epígrafe está basado en las aportaciones de diversos autores para la obra colectiva: Totté, Marc; Dahou, Tarik y Billaz, René (2003): *La décentralisation en Afrique de l'Ouest. Entre politique et développement*, Karthala.

²⁶ Diccionario de la Real Academia de la Lengua, vigésima segunda edición, 2001, en <http://buscon.rae.es/draeI/> (consultado el 2 de octubre de 2007).

²⁷ Estas colectividades presentaban diferencias con respecto a los regímenes políticos de la zona. Así pues « podemos distinguir entre formas autoritarias como la *Ujaama* (Tanzania), con el desplazamiento de población y unas consecuencias de sobrepasan el marco estrictamente agrícola, o las granjas de Estado (Fapa) en Guinea, que constituyen un fracaso agrícola patente; pero también se trata de formas cooperativas que evolucionan en un clima político y económico más ‘liberal’, como las cooperativas de aprovisionamiento, de crédito y de comercialización en Senegal y en Níger », en Bosc, Pierre-Marie; Berthomé, Jacques; Losch, Bruno y Mercoiret,



Las llamadas “políticas de municipalización” se generalizaron en los años noventa, vinculadas a los planes de ajuste estructural. De hecho, el nuevo empuje descentralizador se derivó de la fertilización del “sistema de filiales” establecido anteriormente por los programas de cooperación internacional que, en principio, tenían un carácter provisional.

La descentralización post-independencia se puso en marcha a través de dos dispositivos constituidos a escala nacional, (a) las oficinas estatales de comercialización y (b) las cooperativas “primarias”, encargadas de la colecta y el agrupamiento de los productos agrícolas –estas organizaciones locales se desarrollaron en primer lugar en Senegal y en Burkina Faso. La comunidad rural se constituía entonces como “un órgano autónomo de gestión territorial que detentaba a solas –*a priori*– el derecho de asignar las tierras” pertenecientes al Estado²⁸. Posteriormente, en los años 70 y 80, a la iniciativa local se sumó la de los organismos internacionales. A este respecto, cabe señalar que los proyectos impulsados por la financiación externa presentaron el riesgo de “debilitar las formas tradicionales de acción pública “ –como ocurriera en Senegal–, debido a que “ los medios disponibles fueron progresivamente destinados en prioridad a dichos proyectos”²⁹.

Aunque a través de las organizaciones emergentes de la descentralización se pretendía activar el “capital social” rural, confiando en los beneficios de su autogestión, la falta de una asignación financiera suficiente, la prioridad concedida por las cooperativas a las producciones que interesaban al Estado, así como el entorpecimiento ocasionado por la ausencia de auténticas políticas de ordenamiento territorial y apropiación de la tierra, impidieron que este objetivo se llevase a buen término. Además, debido a los recursos naturales escasos –diezmados por las sucesivas sequías–, las colectividades rurales debieron erigirse en árbitros de querellas civiles sobre el acceso a y la distribución de la tierra.

En Senegal, según Guèye y Tall, la acción descentralizadora del Estado en 1996 viene acompañada de un proceso de “urbanización”, en el que ciertos centros poblacionales rurales se convierten progresivamente en centros urbanos. Es decir, la descentralización, debido a “la creación de colectividades locales urbanas y rurales que reivindican nuevos recursos y poderes ha contribuido a uniformar prácticas, expectativas y ambiciones”. Así, los dos ámbitos se integran y “en esta zona de ‘encuentro’ se perfilan nuevos actores y modalidades de apropiación del suelo urbano, caracterizadas por lógicas híbridas, urbanas y rurales a la vez”.

Tomemos, por ejemplo, el caso de la comuna senegalesa de M’Bour³⁰. Dos son los motores que han contribuido al crecimiento excepcional de M’Bour en los últimos decenios: la pesca y el turismo. Este nuevo centro floreciente, en medio de la devastación que afecta al sector del cacahuete, atrae la inmigración procedente de las zonas rurales. Al empuje poblacional del campesinado se suma la “bulimia” inmobiliaria del sector hostelero, de manera que ya a principios de los 80 la comuna comienza a extenderse, engullendo algunas comunidades rurales. Éstas –sin poder acudir a documentos escritos oficiales que delimiten las tierras que les pertenecen– tardaron en reaccionar, pero las nuevas atribuciones ganadas por la descentralización dieron un vuelvo a su situación a mediados de los 90. Para entonces muchos campesinos desposeídos habían entrado en la lógica de la comuna, vendiendo sus

Marie-Rose: « Le grand saut des organisations de producteurs agricoles africaines: de la protection sous tutelle à la mondialisation » en Amselle, *Op. Cit.*, p. 9 (Traducción propia).

²⁸ Guèye, Cheikh y Tall, Serigne Manssur. « Mutations foncières urbaines et décentralisation au Sénégal: quelles articulations? », *Ibid.* p.9.

²⁹ Totté *et al.*, *Op. cit.*, p. 14.

³⁰ *Ibid.*, p.14.



tierras, o bien instalándose –a veces, aldeas enteras– en la periferia urbana, para combinar actividades rurales y urbanas. Como vemos, y en contra de la opinión más extendida, en el Sahel, no siempre los campesinos acuden al encuentro de la ciudad. A veces, ésta les aborda en sus propias parcelas de cultivo. También los campesinos han sabido aprovechar la nueva situación económica, aprovechándose de los mecanismos oficiales –véase, las atribuciones concedidas por el proceso de descentralización–, cuando así les convenía, para luego rayar en la ilegalidad, con –por ejemplo– la práctica de actividades “informales” en los cada vez más extendidos núcleos urbanos.

En todo caso, la práctica de la descentralización, que podría haber aportado enormemente al desarrollo de las zonas rurales, ha acabado entrapándose en las malas prácticas “clientelistas” –con respecto, sobre todo, a la distribución de la tierra– y, en algunos casos, xenófobas –expulsión de extranjeros, etc.– entre otras. Es el caso de Mauritania, donde el proceso de descentralización comenzara en 1985. La “crisis territorial” mauritana se caracterizó, desde mediados de los 70 –momento en que comienzan las ocupaciones ilegales de terrenos en la periferia de los núcleos urbanos–, por un conjunto de prácticas de apropiación ilegal de la tierra. Esta problemática se vio agudizada por la distribución incontrolada de parcelas a las víctimas climáticas. La insoportable presión demográfica en ciudades como Nouakchott o el enclave portuario de Nouadhibou llevó a las autoridades a la expulsión masiva de extranjeros, en su mayoría hacia Senegal –práctica que endureció el conflicto que desde 1989 enfrentaba a ambos países³¹. Como vemos, el calado de la ola descentralizadora que atravesará la región desde mediados de los 80 trasciende el ámbito local e incluso nacional, por lo que su reforma exigirá una “respuesta global e integrada”.³²

4.3. Políticas medioambientales: ¿parte de la solución o parte del problema?³³

El desacierto de la práctica política en la franja del Sahel, en cuanto a frenar la desertificación y desarrollar las zonas rurales se refiere, alcanza carices casi paradójicos en el caso de la protección medioambiental. De nuevo, suele ser la intervención exterior para frenar la degradación medioambiental la que sesga la necesaria visión de conjunto de una problemática profundamente humana, por cuanto la supervivencia se encuentra en el centro del rompecabezas. Así, según señala Bourgeot, “en un contexto de lucha contra la degradación medioambiental, sobre todo tras la sequías de 1969-1973 y 1984-1986, el *World Wild Life Fund* (WWF) decidió crear dos reservas naturales estrictamente delimitadas y rigurosamente legisladas”.

Dichas reservas se constituyeron en su día para proteger los parajes nigerianos de las supuestas “técnicas predatoras naturales” aplicadas por los pastores nómadas. Estos, por su lado, las percibieron como una “privatización” del espacio tradicionalmente abierto a la práctica nómada. En concreto, al impedir el acceso a las zonas de repliegue, que son complementarias de las zonas de pastoreo de l’Kir, las reservas venían a alterar completamente el sistema de producción de los Tuareg. Tal y como señala Bourgeot, las

³¹ « El crecimiento urbano espectacular que ha conocido Mauritania durante los últimos tres decenios ha sido probablemente el más importante del África negra, con una media de 10,2% entre 1962 y 1977 ». Koita, T.: « Migrations, pouvoirs locaux et enjeux sur l’espace urbain », *Politique Africaine*, nº 55, p.101.

³² Mercoiret, Jacques: « Un exemple de rapprochement des acteurs, en zone rurale, à l’échelle d’un département: le cas de M’Bour, au Sénégal », en Amselle, *Op. cit.*, p.9.

³³ Este epígrafe está completamente basado en: Bourgeot, A.: « Le désert quadrillé: des Touaregs au Niger », *Politique Africaine*, nº 38, p. 68.



reservas supusieron la conversión del espacio controlado tradicionalmente por el pastoreo en un espacio controlado por una institución privada (la WWF), que se regía por finalidades muy concretas y en conflicto con los intereses de las poblaciones humanas de la zona.

Aunque el caso de estas reservas nigerianas no pueda extrapolarse a otros países de la zona, sí resulta ilustrativo de los perjuicios que las políticas parciales, bien para atacar la desertificación, bien, por ejemplo, para atender las necesidades de los refugiados –véase, la atribución descontrolada de tierras, que serán explotadas sin descanso en pos de la supervivencia– pueden ocasionar. La desconexión de los intereses de los distintos organismos exteriores que intervienen en la zona exige, a este respecto, un gran esfuerzo de coordinación por parte de las autoridades nacionales.

Conclusión: ¿hacia dónde apuntan las soluciones?

La ayuda externa a los países no industrializados, que pretenda contrarrestar el fenómeno de la desertificación, con su problema asociado de la migración, deberá dirigirse a los intereses de la población: apoyar la educación medioambiental, suministrar protección a la biodiversidad, propiciar la participación de los gobiernos locales y nacionales, promover la generación de rentas fuera del sector ganadero, cuidar la seguridad política y facilitar la cooperación eco-geográfica³⁴.

Una propuesta básica, contemplada en el *World Energy Outlook 2006*³⁵, es el cambio en los métodos de cocina en el campo y los núcleos urbanos de las zonas áridas, que acusan procesos de desertización. Otra, por ejemplo, se refiere al cambio en las técnicas de pastoreo y en los sistemas de producción agrícola –dado que los campesinos africanos son extremadamente habilidosos, dichas reformas podrían perfectamente apoyarse en sus conocimientos ancestrales.

De todos modos, debemos tener presente que estas políticas no son fáciles de aplicar, puesto que –en la mayoría de los países del Sahel– afrontan importantes obstáculos. Principalmente: (a) socio-culturales, como la persistencia de la mentalidad pro-natal sostenida por las creencias tradicionales y religiosas; (b) y financieros, como el hecho de que las familias numerosas tengan más posibilidades de sobrevivir, cuando la pobreza es aguda –así pues, la familia es un elemento clave que tendrá que ser considerado en la propuesta de soluciones. Por supuesto, teniendo en cuenta sus importantes consecuencias internacionales, estos problemas tendrán que ser solucionados a nivel –cuanto menos– regional³⁶.

³⁴ Westing, Arthur H. (1995): “Socio-political dimensions of desertification-induced population movements”, en Puigdefabregas *et al.* (eds.), *Op. cit.*, p. 2. (Pág. 41)

³⁵ “En los países en desarrollo, especialmente en las zonas rurales, dos mil millones y medio de personas confían en la biomasa, procedente de la madera, el carbón, el estiércol animal (...) El uso de la biomasa no tiene en sí nada de negativo, pero en muchos casos estos recursos son explotados de manera no sostenible y pueden tener consecuencias adversas para la salud, el medio ambiente o el desarrollo económico”. “Energy for cooking in developing countries”, Chapter 15, *World Energy Outlook 2006*.

³⁶ “La desertificación afecta a un gran número de países, a menudo de manera similar, en el área del Sahel, por ejemplo, y tiene repercusiones más allá de las fronteras de cada país, de la región y del continente”. Lohrmann, Reinhard. “The need for enhanced international cooperation in addressing environmental migration issues”, en Puigdefabregas *et al.* (eds.), *Op. cit.*, p. 2. (Pág. 231)

